



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



Domingo de la Sagrada Familia
30-XII-2007

Textos:

Ecle.: 3, 3-7. 14-17.

Col.: 3, 12-21.

Mat.: 2, 13-15. 19-25.

“Practiquen la benevolencia, la humildad, la dulzura, la paciencia” (Col. 3, 12).

En el corazón del tiempo de Navidad, la Iglesia celebra el misterio de la Sagrada Familia, fuente inspiradora para toda familia.

Hermanos, hoy la familia sufre un embate que hace peligrar su naturaleza y su fin; la familia como institución fundante de la sociedad, parece estar enferma, y esto repercute en toda sociedad, también en la Iglesia, pues es vital el vínculo entre la familia y la sociedad, como lo es para nosotros el vínculo con el aire y el agua.

Grande es la confusión, sobre las características de las familias, hoy se habla de familias de diversas maneras de constituirse y se trata de legalizar las uniones enfermizas entre personas del mismo sexo. La sociedad paga costos altísimos por el debilitamiento de la familia.

Debemos defender la verdadera naturaleza de la familia, que se constituye por la comunión íntima de la vida y de amor entre un hombre y una mujer (cof. Benedicto XVI, Mensaje, Jornada mundial por la paz, 2008).

Hermanos, no dudemos, “varón y mujer los creó”, estas palabras del Génesis “contienen aquella verdad sobre el hombre que concuerda con la experiencia misma de la humanidad. El hombre es creado desde «el principio» como varón y mujer: la vida de la colectividad humana (...) lleva la señal de esta dualidad originaria” (Juan Pablo II, “Carta a las Familias”).

También es propio de la naturaleza y misión de la familia, es ser “el ámbito privilegiado del amor, de la comunión íntima de las personas, del aprendizaje de una entrega continua y progresiva entre los esposos, que deben poder apoyarse firmemente en la unidad e indisolubilidad de su misión” (Pablo VI: 13-III-1974).

Hermanos, como los navegantes otean en el horizonte al faro que los guía en una noche de tormenta, así debemos contemplar, ante tantas incertezas, a la Sagrada Familia que nos ofrece una inigualable lección de vida familiar, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable, lo dulce e irremplazable que es su pedagogía y lo fundamental e incomparable que es su función en el plano social” (cof. Pablo VI, Nazaret, 5-I-1964. L. H. I).

La vida de la Sagrada Familia no fue idílica, tuvo que asumir como toda la familia las imponderables circunstancias dolorosas, como abandonar el pueblo, la casa y emigrar a tierra extranjera. En definitiva, podríamos definir a la familia de Jesús, María y José, como un modelo de vida familiar “sana” donde se viven los elementos esenciales de la paz, la justicia y el amor.

Por ser la familia una sociedad fundamentada en el amor, en ella se vive “el servicio afectuoso a los miembros más débiles porque son pequeños, ancianos o están enfermos, la ayuda mutua en las necesidades de la vida, la disponibilidad para acoger a

otros y, si fuera necesario, para perdonarse. Por eso la familia es la primera e insustituible educadora de la Paz” (Benedicto XVI. Discurso), y del amor.

Hermanos, no lo dudemos, la familia es la gran escuela de virtudes humanas y evangélicas, es el fundamental instrumento de transmisión de la fe; en ella se forjan corazones capaces de amar en serio, y los maestros son los padres que amándose profundamente, total y santamente transmiten este tesoro como primer alimento a sus hijos.

Ante toda clase de violencia que se va instalando entre nosotros hasta convertirse casi en una forma de vida y de cultura, la familia debe asumir su rol de escuela donde se preparan los hombres y mujeres que puedan trabajar en la construcción de la “civilización del amor”

A la luz de la exhortación Paulina, revisemos el espíritu de convivencia de nuestras familias: “revístanse de sentimientos de profunda compasión. Practiquen la benevolencia, la humildad, la dulzura, la paciencia. Sopórtense los unos a los otros, y perdónense mutuamente siempre que alguien tenga motivos de queja con otro. El Señor los ha perdonado: hagan ustedes lo mismo. Sobre todo, revístanse del amor, que es el vínculo de la perfección” (Col. 3, 12-14).

Hermanos, al contemplar el pesebre, pidamos a la Sagrada Familia que nos enseñe lo que es la familia y nos ayude a cada uno a caminar en el espíritu de Nazaret. ¡Que María, Madre del amor hermoso, y José, custodio del Redentor, nos acompañen a todos con su incesante protección! (Cof. Juan Pablo II. Carta).

Amén.

G. in D.